

dad. MacIntyre constata que la ética moderna se debate entre el deontologismo y el expresivismo, en un difícil equilibrio, cuando no sometido a fuertes tensiones internas. “Se podría decir que la Modernidad está constituida por una cultura moral donde los miembros piensan y se comportan de forma emotivista o expresivista —esto es lo que reivindica el expresivismo—, pero que niega esta condición y busca los medios para mantenerla a raya —este es el cometido de la Moral—, porque, si no, el sistema político y económico no funcionaría” (p. 177).

MacIntyre apunta resueltamente por una recuperación del contexto de la ética aristotélico-tomista, concretamente con la recuperación de la noción de bien común, frente a la idea de autonomía del individuo moderno. Esta recuperación se concreta en tres principios: 1. Bienes comunes, en vez de beneficio personal; 2. Razonamiento práctico basado en la deliberación común, en vez de la maximización de los beneficios; 3. Felicidad entendida como logro del fin último, y no como sentimiento de satisfacción de los deseos (p. 184).

Este breve (e interesante) ensayo se completa con una anexo de gran ayuda para los investigadores del pensamiento de MacIntyre: una tabla analítica con las obras completas del filósofo escocés, junto a una bibliografía actual sobre su obra. Será, sin duda, una buena ayuda para todo aquel que desee introducirse en la obra de uno de los pensadores católicos actuales que mejor han hecho oír su voz en el mundo contemporáneo.

José Ángel García Cuadrado. Universidad de Navarra
jagarcia@unav.es

FUSTER I CAMP, IGNASI

Meditación sobre el hombre. Una propuesta de Synthesis antropológica, Universidad Ramón Llull, Barcelona, 2018, 293 pp.

La reciente publicación de este profesor de antropología de la Universitat Ramon Llull sigue a otras suyas precedentes de estilo si-

milar, como *Persona y libertad* (2010), *Persona, naturaleza y cultura: una antropología de la pasividad* (2012), *El comenzar y el destinarse de la persona humana* (2013) y *El gran engaño: una reflexión sobre el sentido de la historia* (2015). Todas ellas siguieron, a su vez, a su tesis doctoral, publicada bajo el título *Sufrimiento humano: verdad y sentido* (2005).

Este nuevo libro se compone de cuatro partes (Moriah, Éxodo, Canaán y Jesús), que van precedidas de un Prólogo en el que el autor declara que en estas páginas se trata de hacer ‘una pintura del hombre’, a pesar de ‘lo difícil de auscultar los latidos del corazón humano’. Para intentar desvelar esos secretos, se asoma a personajes emblemáticos del *Antiguo Testamento*, porque ‘el judaísmo esconde algo grande para la humanidad’, un secreto o misterio humano narrado en versión dramática, que se puede resumir diciendo que ‘el hombre es un ardoroso anhelo’. Por su parte, añade que, en el *Nuevo Testamento*, Jesús asume la doctrina antropológica del pueblo judío y la proyecta al futuro abriendo nuevo cauce para la esperanza con la redención por él operada. Con tal panorámica “este libro pretende ser una rendija abierta al futuro. Una antropología abierta a la esperanza” (p. 16).

En la primera parte, ‘Moriah. Abraham y la verdad de la persona’, con el relato de Abraham manifiesta su dolor interno, la pesada carga que supone llevar adelante la existencia humana, simbolizada con la subida al monte Moriah para sacrificar a su propio hijo Isaac. Así “el monte Moriah se revela como el lugar esencial de la tragedia humana” (p. 17). La crudeza y finura del relato de estilo kierkegaardiano transporta al lector a hacer propia la problemática vivencia del padre en la fe, y asimismo, su indeleble confianza en Dios, a pesar de que aquí se revele la verdad del hombre como ‘un altar de sacrificios’. El enfrentar el problema del sufrimiento y del dolor interno en primera persona enlaza con la pregunta acerca de su sentido, ya planteada en la primera obra del autor, y con su única posible respuesta, que tiene Dios en su mano, de tal manera que al preguntarle el hombre se abre a lo eterno. En definitiva: “¿Qué significado antropológico guarda el monte Moriah? Moriah es el lugar de la revelación de la verdad de la persona. La persona es la verdad primera sobre el hombre” (p. 69). El autor aprovecha este relato veterotestamentario para distinguir claramente en el hombre

aquello que es su raíz o centro, la *persona*, de aquellas otras dimensiones humanas que son *de* ella, y por tanto, inferiores a la persona. A lo primero cabría llamar, siguiendo la distinción real tomista, *acto de ser* personal humano; a lo segundo, *esencia* del hombre.

La segunda parte, ‘Éxodo. Moisés y la verdad del corazón’, aprovecha la narración del exilio del pueblo judío en Egipto y la salida de él liderada por Moisés para enfrentar el sentido de la *libertad* personal humana, que incrementa su sentido en la medida en que su ‘para’ se refiere a Dios, y lo va perdiendo en la medida en que ese ‘para’ es sustituido por ídolos de diversa índole que ni son personales ni pueden aceptar enteramente a la persona humana. A esa orientación positiva o negativa de la libertad respecto de su norte siguen unas repercusiones afectivas en la intimidad humana. “Moisés y su paso por el mar Rojo simbolizan el corazón humano. ...El corazón es la afectividad humana” (p. 144). Se trata de los afectos del espíritu, mal calibrados —salvo excepción— a lo largo de la historia de la filosofía. Con otras palabras: “para construir una antropología, no podemos partir de las altas potencialidades humanas de la razón y de la voluntad... Corremos el drástico peligro de olvidarnos de la realidad originaria del anhelo. El olvido del corazón desvirtúa —mecaniza— la antropología” (p. 147). Efectivamente, si uno revisa la entera historia de la antropología nota que —salvo rara excepción— tanto los pensadores griegos como los medievales, los modernos y contemporáneos, han puesto la cima de lo humano bien en la inteligencia, bien en la voluntad, cuando es obvio que toda persona nota palmariamente que esas potencias son suyas, están en su mano, y por eso, la persona sabe que es superior a ellas. Pues bien, los afectos del corazón son personales, porque “el corazón tiene su más acá en la persona” (p. 148).

La tercera, ‘Canaán. David y la verdad de la libertad’, indica que la consecución de la tierra prometida por parte del pueblo elegido representa la consecución de la libertad. Pero esa libertad tiene que darle la mano a la verdad y al amor personales, pues de lo contrario surge el libertinaje —como le sucedió al rey David—, la falta de sentido personal de la libertad. Pero “el sentimiento de culpa inicia la salvación de la libertad naufragada” (p. 209). Y así “la liber-

tad que había penetrado en un ámbito tenebroso vuelve a la luz” (p. 210). La libertad es personal. Cuando se destina a Dios se personaliza cada vez más; cuando se aleja de él se despersonaliza. En suma, “Canaán revela la verdad antropológica de la libertad” (p. 220).

La cuarta, ‘Jesús. La verdad de la redención’, centra el estudio en quien es perfecto hombre, aunque no persona humana, sino divina, el Hijo por antonomasia y modelo de toda filiación. Jesús es, pues, la clave para descubrir el ser personal, para notar que ‘hombre’ y ‘persona’ no son equivalentes. Sus afectos personales muestran los afectos divinos. Sus respuestas y milagros muestran el conocer personal divino. Su pasión y muerte por nosotros muestra el amor divino: “Jesús durante la pasión realiza la catarsis dolorosa de asumir sobre sí el mal humano” (p. 282), y como él es la Verdad, dota de sentido desde ella a lo que de ella carece, el dolor, el sufrimiento y la muerte, sin ser anegado por ellos. “Jesús coloca en el primer plano de la reflexión antropológica la realidad existencial y trágica de la culpa. La luz de la persona contrasta con la oscuridad de la culpa [...] Jesús revela que el hombre necesita ser redimido e iniciarse en el misterio último de la liberación [...] muestra la grandeza escondida de la vía antropológica del sufrimiento [...] Jesús volvió a dibujar al hombre” (pp. 284 y ss), sólo que con la elevación de Cristo el dibujo adquiere mayor relieve y calidad que el que tenía el dibujo del hombre en su origen.

El estilo del libro es vivo, lejano al academicismo, persuasivo y bien cuidado, incapaz de aburrir al lector. No estamos ante un manual o un tratado usual de antropología, sino ante una meditación personal sobre el hombre que aprovecha hitos sobresalientes de la historia de la humanidad para hacer ver —desde los descubrimientos de la antropología trascendental de Leonardo Polo— la enorme relevancia del ser personal humano y presentarla de modo sugerente a un público amplio, para que la intimidad del lector se vea reflejada en la narración y se comprometa en la búsqueda de su propio sentido personal.

Juan Fernando Sellés. Universidad de Navarra
jfselles@unav.es